

# La Nueva España



**Bajo las nieblas de Asturias**  
por José Ignacio Gracia Noriega

## El «Libro de la felicidad»

■ Todos los regímenes que propusieron la felicidad del hombre lo condujeron al terror y la desdicha

No entraremos en la espinosa cuestión de si la felicidad está al alcance del ser humano. Algunos filósofos lo niegan, y como escribe Gustavo Bueno con mucha razón, «la filosofía de la felicidad es una cáscara vacía cuando se ha separado de los contenidos metafísicos que le dieron origen», en tanto que la mayor parte de los demagogos aseguran que conocen el camino recto que conduce a ella: para lo cual es imprescindible darles primero el voto, y después, ya se verá. La manía de la felicidad como programa político es moderna, procede de los ilustrados cuyas teorías dieron lugar a la Revolución francesa, que entre otras cosas meritorias, pretendió imponer la felicidad a tajos de guillotina. Y si en la historia política de la época moderna (finales del siglo XVIII, y siglos XIX, XX y lo que llevamos del XXI) hay algo que se pueda considerar como confirmado es que todos, absolutamente todos los regímenes que se propusieron como meta la felicidad del hombre, le condujeron de manera irremediable a los más vastos infiernos de la desolación, el terror y la desdicha. De esto no debe deducirse que la felicidad sea peligrosa. Es peligrosa si la imponen por decreto ideológico, pero no lo es si la consideramos como objeto de contemplación. En este sentido, la felicidad puede ser algo muy agradable.

Es el caso del «Libro de la felicidad», editado lujosamente por Manuel Moleiro, dentro de su suntuosa y espectacular serie de grandes ediciones facsimilares. El «Libro de la felicidad», al que Moleiro define como de «una exquisitez absoluta», fue compuesto por orden del sultán Murad III, un soberano refinado que se rodeó de artistas y sabios, de astrónomos y cartógrafos, de poetas y físicos, de adivinadores y de miniaturistas, y de un numeroso y prolífico harén: a las mujeres del harén debe el exceso de ciento diez hijos (siete de ellos nacidos después de su muerte), y a sus artistas, poetas e iluminadores la joya de este «Libro de la felicidad», del que estaba tan satisfecho que se hizo hojeándolo, lujosamente vestido como «padishah» o señor del universo que mira absorto dos ilustraciones, como si fuera el Creador que antes de retirarse a descansar contempla y aprueba su obra.

A pesar del esplendor de algunas de sus obras, el reinado de Murad III, de 1574 a 1595, ya da muestras de decadencia: el Imperio otomano ha sido detenido en Lepanto y no volverá a ser lo que había sido bajo los reinados de Selim I, Soliman el Magnífico y Selim II, padre de Murad. Para entender la obra de Murad III es imprescindible conocer su época, que explican con eficacia Miguel Ángel y Bunes y Evrim Türkçelik, con lo que al tiempo que se

disfruta con la contemplación el libro se puede hacer un recorrido por la historia otomana del siglo XVI, que es en buena parte también la de la Europa danubiana y balcánica y la del Mediterráneo hasta los estrechos de Italia. Parte de esa historia la estamos viviendo todavía en las convulsiones balcánicas. Siendo el Imperio otomano una de las potencias rectoras del mundo en aquella época, era de esperar que la Sublime Puerta fuera un foco difusor de cultura. Los motivos por los que la cultura de los otomanos no pudo extenderse con tanta eficacia como la de las naciones emergentes de la Europa occidental son variados y complejos. También son complejas las fuentes culturales de una obra tan vasta como el «Libro de la felicidad», entre las que se cuentan el Corán, las «1.001 noches», el «Libro de las maravillas» de Marco Polo, el «Libro de las natividades», de Al-bumasar, el «Libro de los espasmos», y de manera muy significativa, el «Iskendername» o Vida de Alejandro Magno, un personaje histórico para los europeos y legendario para los orientales, lo que explica su influjo poderoso y variado sobre las literaturas árabe, persa y turca. Se trata, por tanto, de una obra enciclopédica, e incluso multicultural, ya que, según Moleiro, «las numerosas representaciones de iglesias cristianas invitan a pensar que tuvo que haber un texto que describía

los prodigios de los edificios cristianos en todo el mundo. Esta abundancia de iglesias en un libro realizado a instancias del sultán y califa Murad III da a entender que durante el Sultanato las relaciones entre musulmanes, cristianos y judíos eran fluidas». El intercambio de códices, manuscritos y mapas debió de ser muy habitual y los mitos interculturales son más que evidentes. Así, la leyenda del valle de los diamantes y las piedras preciosas aparece ya en el Atlas de 1375 de los judíos mallorquines Abraham y Jafuda Cresques, que sitúan la escena en los montes de Baldasia. Procede apuntar aquí que las influencias y extensión del relato de Simbad son muy extensas: de una parte procede de la Odisea, de otra relata episodios como el de la ballena confundida con una isla que también figura en la leyenda céltica de San Brandán.

El «Libro de la felicidad», además de la riqueza y belleza de sus textos, y de la variedad de tablas y saberes que contiene (sobre los movimientos de los siete cielos, sobre la fisonomía, sobre la situación de los doce imanes, sobre la distancia de la luna a la luz de cada una de las constelaciones, sobre los sueños, las estaciones y la noche, etcétera), es un prodigio de colores y de figuras maravillosas, de arquitecturas magníficas, que unas veces parecen surgir de sueños apacibles y otras de pesadillas.